

NADA DE HAMBRE, TODA LA FAMA: UN ALMUERZO L’ORÉAL

La mañana entera se había ido trabajando, y lo que más me sorprendía eran los silencios de Giorgio — observaba muy de cerca a esta versión de mí, descubriendo que en realidad no me conocía en absoluto.

Rita, la compradora, llegó al restaurante en moto, casi al mismo tiempo que nosotros. Se quitó el casco y dejó caer suelta su larga melena, como diciendo: acabo de salir de la peluquería, a ver si te gusta.

Giorgio empezó a sonreír y dijo: maldita sea, sabía que iba a ir a arreglarse para ti, cabrón con suerte.

Pero qué dices, te has vuelto loco, dije yo, intentando enfriar el asunto, y entramos, y ella eligió una mesa en el rincón — apartada, pero no redonda, deliberadamente rectangular — y me pidió que me sentara a su lado.

Vamos a tutearnos, dijo, creo que somos más o menos de la misma edad — por mí encantado, pero no te voy a preguntar la edad real que consta en el registro del Ayuntamiento de Catania, eso es para los de la otra mesa.

Se echó a reír, y luego me preguntó si era actor de teatro. En cierto modo sí, dije — pero mi escenario es la calle.

¿A qué te dedicas? Brujo, evidentemente — ¡vaya pregunta! Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Bueno, te voy a contar lo que hago de verdad: enseño a los hombres a volverse atractivos e interesantes, para que puedan encontrar mujeres inteligentes — como tú — y, si se da el caso, enamorarlas.

Empezamos muy bien — ¿y cómo se llama ese oficio?

Soy un cura sin sotana, pero con voz.

Giorgio tomó las riendas de la conversación y dijo lo que había acordado con su sede central, y yo dejé de hacer el payaso.

Aquel día nadie habló de negocios ni de ventas, pero entendí una cosa: un hombre vale lo que vale la madre que lo hizo.

Ferdinando